

La familia ese gran galimatías, que nos sumerge en la vida

María Rodríguez-Molina y José Marín

Licenciada en Derecho e Ingeniero

Antes de empezar, somos un matrimonio con seis hijos, uno de ellos en acogimiento familiar, con edades comprendidas entre los 7 y los 19 años. Los dos trabajamos fuera de casa aunque no con la misma dedicación horaria.

Vamos a centrar esta reflexión en tres puntos: cómo vemos la familia hoy, a qué retos creemos que se enfrenta y qué esperamos del próximo Sínodo de la familia.

La familia es hoy, como lo ha sido siempre, el núcleo más importante y cercano en el que compartimos la vida. Es un lugar y un espacio para la comunicación, el amor, el cariño, el discernimiento y la toma de decisiones. Es espacio para la vida en común y, precisamente por todo esto, también lugar y espacio para discusiones y enfados.

Todos sabemos de la necesidad y la importancia de la familia en el crecimiento de la persona, en el desarrollo de sus afectos, en la formación y educación en valores y en la transmisión de la fe. Tenemos ejemplos y experiencia de cómo los momentos más duros, y también los más felices en la vida, son los que vivimos en familia y le afectan de lleno.

La familia hoy es, en muchas ocasiones, un pequeño gran galimatías en temas de organización, aspecto que a menudo nos come demasiados esfuerzos y energías. Compatibilizar la vida familiar y laboral, buscar tiempos y horas para el desarrollo personal y profesional, atender y estar pendientes de la educación y la formación de los hijos, encontrar tiempo para el diálogo tranquilo y sereno no es fácil. Dedicar atención a la pa-

reja, compartir tiempo y ratos de ocio, estar pendientes de la educación en valores y de la práctica y transmisión de la fe en el caso de las familias creyentes, es todo un aprendizaje. Un aprendizaje de gran importancia, pues si no aprendemos, corremos el riesgo de que la familia se convierta simplemente en una organización que suma la vida de unos y otros, pero que imposibilita o dificulta la vida en común.

Tenemos que subrayar también como un tema importante en la familia el aspecto económico: llegar a fin de mes, disponer de recursos suficientes para garantizar el bienestar de los hijos no siempre es fácil o posible. Las decisiones sobre temas económicos determinan, lo queramos o no, muchos ámbitos de la vida familiar.

En estos años de crisis económica, el papel de la familia como núcleo social más solidario y de sustento se ha hecho más evidente: todos conocemos familias que viven de la pensión de los abuelos, hijos emancipados que por su situación de paro o dificultad económica vuelven a casa de los padres. Este es un ejemplo muy tangible del gran papel de la familia en la sociedad.

Creemos que la familia es considerada por la sociedad una institución importante, valorada y admirada, aunque en muchas ocasiones desde un desconocimiento mutuo. ¿Por qué este desconocimiento? Porque los valores en los que se basa la vida familiar no son valores que la sociedad favorezca. Es más, en muchas ocasiones son valores contrapuestos:

- La comunicación profunda y sincera de la familia es en la sociedad una comunicación «twittera»: sencilla, superficial y limitada.
- Frente a la vida comunitaria que se vive en la familia compartiendo bienes, intereses y tiempo, en la sociedad encontramos un profundo individualismo que busca el interés propio ignorando a los demás.
- La confianza de la familia es escepticismo fuera de ella, y el amor y el cariño son casi únicamente reclamos publicitarios.

Esta contraposición de valores hace que la familia adopte en muchas ocasiones una postura de «defensa beligerante» ante la sociedad, que es vista como una amenaza.

La actitud de defender a la familia de las amenazas o los valores que

están en contra de ella, en lugar de romper barreras para que sean los valores en los que se basa la vida familiar los que lleguen a la sociedad, nos lleva a cerrarnos y a quedarnos en el desconocimiento de realidades diferentes y enriquecedoras, con lo que esto tiene de pérdida.

El gran reto de la familia hoy no es defenderse de la sociedad sino, al contrario, abrirse a ella. Abrirse con los valores que le son propios para transformarla en los aspectos que crea necesario. Vivimos en un mundo diverso, abierto, multicultural, multirracial y global en el que nuestros hijos tendrán que decidir cómo y dónde quieren situarse. El papel de la familia hoy es colaborar en este mundo plural y ser sensible a las situaciones de pobreza, violencia e injusticia.

Debemos conocer lo que ocurre más allá de «nuestra casa» y saber transmitirlo a los hijos. Tenemos la obligación de educar a nuestros hijos para que conozcan la realidad, para que sean críticos con ella y para que actúen para cambiar lo que no les guste.

No nos hemos detenido al exponer la situación y los retos de la familia actual, en el papel de los creyentes y de la Iglesia. Creemos que lo dicho hasta ahora es válido

para todas las familias, creyentes o no, pertenecientes o no a comunidades o grupos de vida cristiana. Las familias cristianas tenemos, sin embargo un compromiso que no podemos eludir si tenemos en cuenta el mensaje de Jesús.

Muchos no encontramos, sin embargo, en la postura de la jerarquía de la Iglesia una actitud positiva de aliento que anime con alegría a abrirnos a la sociedad. El próximo Sínodo de la Familia puede ser una gran oportunidad para cambiar esta actitud, y creemos que hay algunos signos en la preparación del mismo que resultan esperanzadores.

Las familias cristianas necesitamos:

- Una Iglesia que acompañe desde la cercanía, la comprensión y el cariño el discernimiento de nuestro papel en la sociedad.
- Una Iglesia que nos guíe y ayude en la transmisión de la fe a nuestros hijos, que resulta compleja y en la que muchas veces nos sentimos perdidos.
- Una Iglesia cercana que acoja realidades familiares que hoy se sienten excluidas y rechazadas en la Iglesia: familias monoparentales, padres separados

o divorciados, parejas homosexuales.

Si seguimos encontrando una jerarquía de la Iglesia que cae en la tentación de la «defensa beligerante» de la familia frente a la sociedad de la que nos separa y con la que nos enfrenta, continuaremos

viviendo con tristeza la lejanía de la jerarquía de una gran parte del cuerpo de la Iglesia.

Ojalá la celebración del próximo Sínodo sea un momento de verdadero aliento para las familias en el que se facilite el acercamiento de muchas familias a la Iglesia. ■